

Ucrania: la venganza de la historia

RESUMEN: La trayectoria de Ucrania en el último tercio del siglo XX y lo que llevamos del XXI es el prototipo de la de los países que buscan una identidad cultural y económica compartida por la mayoría de sus habitantes y que, al no lograrla, se hallan en peligro permanente de fragmentación. Tiene un presidente único, una *Rada* (parlamento), un gobierno y una administración con competencias formales sobre todo el territorio, pero con frecuencia en gran parte de él no pueden ejercerlas.

En este editorial trataremos de proporcionar algunas claves históricas y actuales que nos ayuden a entender cómo y porqué política y económicamente Ucrania es un problema para ella misma y un problema para todo el mundo. La conclusión es que, además de por las vicisitudes del pasado, que hicieron del país un conglomerado —nunca un crisol— de múltiples etnias y culturas, sus recurrentes rupturas políticas y territoriales son un efecto póstumo de la guerra fría. En este sentido, establecemos un elemental análisis retrospectivo en el que hay suficientes pruebas para pensar que en Ucrania se está viviendo ahora un proceso singular, pero de gran similitud con el que llevó a la desintegración de Yugoslavia. Hay, eso sí, una crucial diferencia: en Ucrania, Rusia ha asumido un papel más activo que en Yugoslavia. Y eso añade riesgo de que el conflicto se generalice.

PALABRAS CLAVE: Ucrania, Rusia, Kosovo, Poroshenko, OTAN.

Ucrania es un país de tamaño y población media y de gran importancia estratégica para el juego de equilibrios entre Rusia y Occidente. Su extensión es aproximadamente la de España y Portugal juntos y su población es aproximadamente la de España. Su renta per cápita no llega a los 3.000 dólares (España supera los 30.000) y su nivel de vida es muy bajo. Por su peso demográfico y su potencial de desarrollo es, en la actualidad, escenario esencial de la confrontación entre Oriente y Occidente. Ucrania depende energéticamente al 90% de la importación de gas ruso; pero Rusia depende también en cierto modo de Ucrania, pues el gran gasoducto que va desde Siberia hasta Europa occidental atraviesa Ucrania y este país podría poner en riesgo la seguridad del suministro, imprescindible para quien lo exporta (Rusia) y para quienes lo importan (los países de Europa occidental).

Coordenadas geopolíticas del problema ucraniano

Ucrania es, de alguna manera, la madre de Rusia. En el siglo IX los eslavos orientales fundaron el **Kus de Kiev** (principado de Kiev), siendo los principados de más al norte (el de Novgorod y el de Moscovia) posteriores e, inicialmente, menos poderosos. Pero el impresionante desarrollo de Moscovia, el Rus eslavo por excelencia (**Rusia**), terminó satelizando a Ucrania, tras un largo período en el que se alternaron —a veces se simultanearon— las presencias de polacos, lituanos, suecos, bizantinos, caballeros teutónicos, tártaros, turcos y austrohúngaros. Los descendientes de todos estos pueblos siguen siendo minorías mal integradas en el país. Desde el siglo XVIII la presencia rusa fue cada vez más fuerte, la población rusa en las provincias del este fue creciendo hasta ser mayoritaria y el ruso es en esas provincias la lengua predominante, además de funcionar como lengua franca en todo el país. Fue a todos los efectos una provincia rusa y la costa de Crimea era el lugar de descanso preferido por los zares, como siguió siéndolo después para los jerifaltes soviéticos.

Tras el triunfo de la Revolución bolchevique en 1917, Ucrania fue una de las diecisiete repúblicas fundadoras de la URSS (1922) y como tal continuó durante los setenta años que duró el imperio comunista, período durante el cual Ucrania apenas se mencionó en la escena internacional por otro motivo que por la terrible explosión de la central nuclear de Chernobil (1986). Pero sí sucedió algo que pasó inadvertido fuera de la URSS y que explica parte de la reciente crisis: en 1954 el primer Secretario del PCUS (Partido Comunista de la Unión soviética), **Nikita Krushev**, de origen ucraniano, hizo un «ajuste funcional» de las fronteras interiores e incorporó a Ucrania la región de Crimea, hasta entonces perteneciente a Rusia.

Tras la disolución de la URSS (1991), Ucrania declaró la independencia, naturalmente con las fronteras de 1954, que, por otra parte, son las naturales. Es decir, Crimea solo ha pertenecido durante veintitrés años a una Ucrania soberana. La inmovilidad del sistema soviético se ha transformado en inestabilidad casi permanente después, pues la desaparición de la imagen bipolar del mundo no ha alumbrado un mundo multipolar, como dice la propaganda occidental, sino un mundo unipolar, en el que en la práctica el único **polo de decisión** es EEUU; los otros Estados occidentales son solo **polos de adhesión** y, en el mejor de los casos, de «adhesión acordada». EEUU, por inercia o por

Ucrania: la venganza de la historia

estrategia, conserva el instinto de fustigar a su enemigo de la guerra fría, ahora Rusia, heredera legal de la URSS, y lo suele hacer, como entonces, no directamente, sino en las posaderas de terceros. Rusia suele responder de la misma forma, para equilibrar de nuevo la balanza y para redimir su orgullo de gran potencia herida por el ininterrumpido avance hacia sus fronteras de la OTAN y el escudo antimisiles.

Rusia, aunque a regañadientes, ha terminado aceptando que los antiguos países satélites de la URSS vayan cayendo sucesivamente dentro del área de influencia de Occidente. El caso de Ucrania es muy diferente al de Polonia y el resto de países del Este, miembros ya o en trance de serlo de la Unión Europea y de la OTAN. Se trata de un país que no fue satélite de la URSS, sino la URSS misma. En Ucrania, como en el fuelle de un acordeón, se dilatan y contraen alternativamente los intentos de imponer su influencia por parte de Rusia y EEUU. Mientras no exista un acuerdo global en la zona, con la firma leal de ambas potencias, la estabilidad del país seguirá siendo objetivo inalcanzable.

El seísmo de Kosovo, hipocentro del seísmo de Ucrania

A diferencia de los seísmos geológicos, en los que el **hipocentro** (punto profundo de la corteza terrestre en el que se origina el terremoto) se halla siempre en la perpendicular del **epicentro** (punto de la superficie que es centro geométrico del círculo en el que se sienten los efectos), en los seísmos políticos, el hipocentro puede hallarse oblicuamente situado respecto a los territorios que los padecen. Tal es el caso de Ucrania cuyo actual seísmo tiene su origen en el previo seísmo de los Balcanes. El 17 de febrero de 2008, la provincia serbia de Kosovo se declaró independiente, utilizando una fórmula que deja pocas dudas de que fueron los servicios secretos occidentales quienes azuzaron la desmembración de la República Serbia, la más prorrusa de la antigua Yugoslavia. La fórmula fue esta: «Kosovo se declara Estado independiente y tomará el nombre de **República de Kosovo** bajo la supervisión de Estados Unidos y de la Unión Europea». Nadie se declara protegido de alguien si antes el protector no le ha dado seguridades de que lo va a proteger. Y, efectivamente, las seguridades estaban dadas, pues, a pesar de las protestas rusas, dolida por la patada que a ella le propinaban en el trasero de Serbia, la República de Kosovo fue reconocida el mismo día por Estados Unidos y

la mayoría de los países de la Unión Europea. España, por temor al mimetismo que pueda producirse en Cataluña y Euskadi, y la mayoría de países iberoamericanos siguen sin reconocerla seis años después.

Además de por la sensación de población sometida que puedan sentir los rusos de Ucrania —como lo tenía la mayoría kosovar en Serbia— no se explica la secesión sin la participación activa de Rusia que aplicó a los occidentales en Crimea y ahora está aplicando en toda la parte oriental de Ucrania, la misma medicina que los occidentales le administraron a ella en Yugoslavia.

Las dos almas de Ucrania

Naturalmente, los 46 millones de ucranianos no pueden encasillarse en solo dos categorías, pero es aceptable metodológicamente la burda simplificación de clasificar a los ucranianos de hoy en dos clases: los pro-rusos, que son mayoritarios en las regiones orientales, y los pro-europeos, mayoritarios en las provincias occidentales. En el otoño de 2013 el enfrentamiento entre ambas almas llegó al paroxismo y tiñó las calles de Kiev de sangre de manifestantes contra la línea filo rusa del presidente **Yakunovic**, que finalmente fue depuesto y se refugió en Rusia, país que sigue reconociéndolo como legítimo presidente de Ucrania, mientras EEUU y la UE se apresuraron a reconocer al nuevo gobierno. Rusia hizo también inmediatamente un movimiento de tropas en la frontera que se completó con la entrada de soldados y material bélico en Crimea, donde los líderes de la población rusa promovieron un referéndum ilegal de independencia cuyo resultado —típico de las victorias electorales «a la búlgara»— fue del 96% de los sufragios. Al día siguiente (17 de marzo), el parlamento autónomo de Crimea proclamó la independencia y solicitó la incorporación de Crimea a Rusia, solicitud aceptada gozosamente por Moscú como «regreso de un hijo a la madre patria».

La secesión de Crimea ha envalentonado a las provincias de mayoría rusa y ha exasperado a las de mayoría europeísta, lo que ha llevado a una auténtica guerra civil en el Este, donde las tropas del gobierno se enfrentan a los milicianos pro-rusos apoyados por soldados y material ruso. En este contexto de guerra civil, los muertos de uno y otro bando engordan la exaltación bélica y la sed de venganza en ambos bandos. Ninguna de las dos almas está dispuesta a aceptar otra solución que no

Ucrania: la venganza de la historia

sea la victoria, por lo que la paz no está, desde luego, en un horizonte próximo.

La solución, aparentemente intermedia, propuesta por los rusos es la de convertir Ucrania en un Estado federal. Pero es muy difícil que triunfe porque la otra alma de Ucrania considera la federalización como el primer capítulo de una desmembración a plazos. Razones para ello tienen, pues la propuesta de los secesionistas es unificar en el futuro los dos nuevos Estados independientes del Este y dar al resultante el nombre nada equívoco de *Nueva Rusia*. Quedan en pie solo dos posibilidades: ahogar el movimiento secesionista o romper Ucrania en dos. Ambas tendrían un elevado coste en recursos y vidas humanas.

Poroshenko, una incierta esperanza

El 25 de mayo, coincidentes con las elecciones al parlamento europeo en los países de la UE, se celebraron elecciones generales en Ucrania. En ellas triunfó, ya en la primera vuelta, con más del 54% de los votos, el magnate **Proshenko**, el «rey del chocolate», uno de los hombres más ricos y mejor preparados de Ucrania. El resultado ha sido aplaudido por Occidente y aceptado como legítimo por Rusia. Lo que ya es un paso imprescindible para la esperanza. Pero hay más: la trayectoria política de Proshenko, habiendo ejercido funciones de responsabilidad tanto en gobiernos pro-rusos como en gobiernos pro-europeos, no ha producido urticaria en ninguna de las facciones, es decir, es un hombre moderado en el que priman las virtudes del tecnócrata sobre las del político, capaz, por tanto, de enfriar las pasiones mediante el desarrollo económico.

El programa de Proshenko está convirtiendo la oración disyuntiva «Rusia o Europa» en la oración copulativa «Rusia y Europa». Su primer mensaje como presidente ha sido precisamente ese: «Me propongo mantener Ucrania unida, promover el ingreso en la UE y mantener relaciones privilegiadas con Rusia». Su primer viaje ha sido a las regiones separatistas del Este (**Dontsk** y **Ugansk**) y sus primeras palabras, quizá hiperbólicas, han sido para prometer que terminará en horas con la secesión, lo que da a entender que piensa en una negociación con los rebeldes en la que la razón irá acompañada de la fuerza.

Los tres objetivos del nuevo presidente son recíproca y respectivamente edificadores cada uno de ellos de los otros dos.

Con particular certeza se puede afirmar esto del proceso de integración de Ucrania en la UE, que indudablemente será artífice y garante del mantenimiento de las fronteras de Ucrania, aunque la secesión ya consumada de Crimea podría ser ya irreversible. Será también un rápido acelerador del progreso económico-social y de la intercomunicación fluida con otros Estados, lo que por sí mismo rebajará —Ucrania no puede ser una excepción— el hervor revolucionario de la gente. Por todas estas razones, tenemos derecho a la esperanza de ver iniciarse a corto plazo en Ucrania una nueva era reparadora de heridas del pasado, estabilizadora del presente y con frágiles pero bien fundados y buenos pronósticos a largo plazo. ■